

UNIVERSIDAD PERUANA DE CIENCIAS APLICADAS

JUEGOS FLORALES 2015 - HUMANIDADES

GÉNERO: Cuento

GRUPO: Profesores

SEUDÓNIMO: Herald

Título:

Vallejo en Père Lachaise

Autor:

Luis Miguel Cangalaya Sevillano

Vallejo en Père Lachaise

*“De veras, cuando pienso en lo que es la vida,
no puedo evitar de decírselo a Georgette”*

César Vallejo

César despertó una mañana, se sintió ausente y confirmó que le habían arrancado la vida. Se quitó los algodones de la nariz frotándose con sus dedos sucios, carcomidos por el tiempo, mientras recordaba qué tan poco había muerto aquella vez en París. Se levantó. Caminó lentamente por la habitación donde se encontraba y decidió subir por la escalera que se veía en el extremo del cuarto maloliente. Todo andaba empolvado, sucio, irrepitible, como él mismo se sentía entonces. Subió haciéndose paso entre las telarañas, cogiéndose de una baranda oxidada por el olvido, hasta que llegó a la parte superior. Tocó el techo y le pareció exageradamente compacto, como si la casa toda fuera de piedra. Empujó y golpeó hasta que le dolieron los puños: se sintió inútil, como si estuviera muerto otra vez.

Una tarde en París, César recorría las calles de *Montpensier*. Regresó en un tiempo bastante lejano. Bordeó el histórico jardín *Palais Royal* y vio a una mujer que le pareció infinitamente de ensueño. Suspiró por ella, recordó que guardó su imagen en algún momento y la redescubrió muchas veces más detrás de una ventana, al aire libre, en medio de una ciudad contradictoria. La vio acercarse, o quizá alejarse, no estaba seguro. Se movía, contorneándose al compás de una melodía entusiasta: a Georgette no le gustaba bailar y menos aún que bailaran a *su Vallejo*. Se contuvo. Descubrió su rostro adolescente, sus labios tibios, sus cabellos cristalinos, y se imaginó con ella en medio de flores y poemas desperdigados por una alfombra raída. Decidió conocerla, a pesar de su primer temor por tenerla a su lado. Se acercó titubeante.

- ¿Podemos hablar? – le dijo, quitándose el sombrero.

César la tomó de las manos y sintió que la conocía desde siempre. Hubo un breve forcejeo. Por un buen rato, se sintió menos poeta que nunca mirando esos ojos asustadizos. La miró fijamente y le dijo que no era mudo ni extraño, que era esa luz radiante que una adivina le reveló en una acertada premonición.

- Tú y yo nos casaremos, mi Georgette – le dijo.

Georgette se sintió confundida. Quería ver a su madre para que la cuidara de aquel hombre que la espiaba desde su ventana, en la casa de enfrente, en la calle *Molière*. Quería gritar, pero no pudo. Algo la detuvo: una mano que ahora la sujetaba con fuerza.

- No estoy loco, Georgette, te lo juro, solo he venido a pedirte algo.

La joven de ojos azules y cabello brillante estaba a punto de llorar.

- Solo quiero pedirte algo... Cuando muera, no quiero ser enterrado en *Montrouge* ni en *Montparnasse*, sino en *Père Lachaise*.

- ¿*Père Lachaise*? – pronunció por primera vez Georgette.

- Soy Vallejo, Georgette y tú serás mi esposa más allá de la muerte.

Cuando César vio la luz del día, con mucho esfuerzo, hizo a un lado los libros que tenía – toda la colección de poemas vallejianos – y se dispuso a recorrer las calles parisinas que ahora lo miraban con desconfianza. Tenía el objetivo claro: cargar sus cosas y ser enterrado en *Père Lachaise*, acaso uno de los cementerios más enormes e importantes de todo Francia. Se asomó por las calles frías de París, y visitó los restaurantes y museos que en vida fueron solo para él. Devoró una biblioteca entera y se echó a renegar con los vanguardistas hispanos y sus risibles poses. Se sintió un inquisidor de una literatura inexistente. Compró un sombrero, un bastón y un gabán. Nunca supo de dónde sacó el dinero y no le importó. Solo se miró en el espejo y vio en él al Vallejo que seguramente muchos habían olvidado. Tuvo, por un ligero momento, la sensación de poder entre las manos. Entró a un bar y atrajo la mirada de todos. Pidió un trago: se sintió embriagado de su propia vida.

- ¿Usted sabe dónde puedo encontrar a una mujer llamada Georgette Philippart? – le preguntó al hombre que bebía a su lado.

- ¿Para qué quieres verla, César?

- ¿Cómo sabes que me llamo César? – preguntó intrigado.

- Porque soy tu amigo Pablo, ¿ya no te acuerdas de los Neruda? En fin, no sé para qué quieres verla. Mejor así como estás. Así no tendrás necesidad de escaparte por la ventana de tu habitación para estar acá, con tus amigos, tomándote un trago.

Unas sonrisas se oyeron en las mesas de al lado.

- No la busques, yo tengo una mejor mujer para ti – le dijo el tipo de al lado –. Se llama Doris, viene de Perú y está hospedada en un hotel que conozco bien. Quiere conocer al gran poeta César Vallejo.

- Hazle caso – replicó Neruda –, Juan Larrea nunca se equivoca en esos menesteres.

Larrea se echó a reír. Sus dientes se exhibían ante la mirada de los demás. De pronto, un silencio sepulcral. Alguien golpeó la puerta y se sintieron algunos pasos fuertes, compactos, imponentes: una bofetada en su mejilla izquierda. Nuevamente, un silencio en medio de unos ojos brillantes, resplandecientes, con rabia.

- Eres un cobarde, Juan Larrea – Georgette se veía enfurecida –. Hasta cuándo vas a seguir molestando la memoria de *mi Vallejo*.

Neruda se puso de pie, se acercó hasta la mesa de Huidobro, el otro poeta que miraba aturcido la pelea. Juan Larrea se repuso, se tomó la mejilla enrojecida y se atrevió a hablar, por fin.

- Georgette, una más de las tantas zorrillas – se puso de pie, caminó –. Quizá Henriette hubiera sido una mejor opción.

- Eres el ser más despreciable del mundo – Georgette estaba a punto de arremeter una vez más contra su otra mejilla –. Tus infamias no me hacen daño, pero no permitiré que hables así del que alguna vez consideraste un amigo.

- Los abortos no te fueron suficientes para darte cuenta de que Vallejo nunca te quiso, que fuiste una más.

Georgette iba a lanzársele otra vez, pero sintió una mano que la contuvo del brazo, y algo despertó de un sueño prolongado. César había dejado su trago a medio tomar y ahora estaba de pie, imperturbable, amenazante. Miró a esa mujer que vivía en su memoria imperdurable y supo lo que tenía que hacer. Se lanzó contra Larrea y lo tumbó contra las botellas que caían una a una por el suelo, desperdigadas entre los demás poetas que miraban la escena con estupor. Sus puños afloraron, la sangre también. Georgette se apartó. Miró a ese hombre desquiciado que se le acercó

días atrás en el *Palais Royal* y, por primera vez, sintió ver en él a su mismo Vallejo, a aquel que no iba a morir jamás ni en París ni en ningún otro lugar.

César llegó hasta el lugar donde quería ser enterrado. Saboreó del aire limpio de *Père Lachaise* y se convenció más que nunca de que aquel era el sitio indicado para ser eternizado. Buscó el espacio apropiado, caminó hasta la división 86: ese era el lugar. Era media noche, había sorteado con un poco de temor a los vigilantes del monumental cementerio, escondiéndose entre flores muertas, entre lápidas olvidadas, entre su propia sombra, para llegar hasta donde ahora quería quedarse: la tumba de *Guillaume Apollinaire*.

Dejó su sombrero y su bastón, aquellos que lo hicieron un ícono fotográfico en las imágenes que se difundieron a partir de su muerte. Miró a todos lados: todo estaba preparado en medio de una tétrica oscuridad. Buscó entre los bolsillos de su abrigo y encontró el paquete bien envuelto que había escondido con precaución. Tomó la comba y el cincel, y comenzó a picar, primero del enorme bloque de piedra que sobresalía de la lápida y tenía escrito el nombre del célebre escritor francés. Una fuerza tenaz se hizo parte de él. Estaba poseído. Se desdibujó la sonrisa inexistente de las fotografías de antaño que nunca se tomó. Se apartó del mundo de los vivos (y de los muertos) hasta sentirse en un tiempo y en un espacio que no se correspondían con su entristecida existencia.

Cuando llegó a la base de la lápida, oyó los silbatos y los gritos desaforados que lo despertaron de su letargo.

- *Que faites-vous ici?*

César descubrió que no sabía francés, y se sintió menos Vallejo y menos poeta, otra vez.

- Yo hablo español... *Spanish*... – dijo tembloroso.

Uno de los hombres se acercó, lo entendió, lo descifró. Volvió con él, en español esta vez, le preguntó quién era, de dónde venía, qué quería.

- Me llamo César Vallejo y vengo de Santiago de Chuco.

Santiago de Chuco no existía en la conciencia de los franceses, ni siquiera en la de los peruanos.

- Dígame su nombre completo.

- César Abraham Vallejo Mendoza.

- Usted está completamente loco. Me está queriendo decir que usted es el poeta César Vallejo que está enterrado en *Montparnasse*.
- Ese mismo soy yo, señor. Pero ya no estoy en *Montparnasse*, estoy acá, en *Père Lachaise*.
- ¡Sus papeles, muéstreme sus papeles!
- No tengo. No ve que salí de mi tumba así nomás. Vine hasta aquí porque quiero ser enterrado en *Père Lachaise*. ¿Sabe? Georgette se equivocó, pero se le perdona. Y ahora que la he vuelto a ver la he notado tan distante. La he defendido de un infeliz que dijo ser mi amigo alguna vez. Me amó tanto esa mujer y yo la amé una eternidad más, hasta en los momentos más difíciles, hasta cuando pensamos que no había otra forma de demostrar la vida en la mirada del otro. Además, usted me ve aquí, pero no pensaba sacar a *Apollinaire*, solo quería hacerme un espacio al lado de él, usted sabe, el vanguardismo y los caligramas y las ganas de revolucionar la escritura. Somos poetas, usted no lo entiende, lo sé, pero sensibilícese un poco y lo comprenderá.

Los policías se quedaron asombrados. Cruzaron las miradas y supieron lo que tenían que hacer. Lo tomaron por la fuerza, lo esposaron y a empujones lo subieron hasta la camioneta.

- Así que Santiago de Chuco, ¿no? A Perú lo vamos a llevar, pero deportado, a ver si allá alguien puede abogar por usted en la cárcel.
- En Trujillo, señor – replicó César, con seguridad –. En Trujillo, mis amigos del Grupo Norte, ellos me conocen, búsqúenlos: Antenor Orrego, Juan Espejo, Víctor Raúl...
- A Trujillo vamos a mandarlo, pero a la cárcel de Trujillo.

Algo retumbó en sus oídos.

- A la cárcel de Trujillo no, otra vez no, por favor...

César respiró el último aire limpio de París y no supo nunca más sobre sí mismo. No supo si era Vallejo, si era poeta, si, por último, era César, simplemente. Quedó adormecido, perdido en la nada, en el vacío, en una ausencia de identidad. Tiempo más tarde, cuando abrió los ojos, se encontró en una cárcel trujillana, como la primera vez. Nunca apareció nadie del Grupo Norte: todos estaban más muertos que él. Nunca nadie lo visitó. César se sintió como en el mismo hospital de la *Charité*, en plena hemorragia intestinal, sin la Georgette que no conociera entonces, ni ahora ni nunca, ni en *Montparnasse* ni en *Père Lachaise*, solo, muerto, angustiado, y sin poder encontrar al otro Vallejo que nunca volvería a ser, a pesar de todo.